

Fernando Molina Aparicio,  
*La tierra del martirio español. El País Vasco  
y España en el siglo del nacionalismo,*  
Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2005.

La bondad de un libro de historia no debe quedar desligada de la corrección lingüística y narrativa. Por eso, decir de esta obra que comentamos que está muy bien escrita no es en absoluto superfluo. En cierto modo, reconcilia tres aspectos que conforman el trasfondo de todo trabajo de investigación histórica: el formal, el conceptual y el discursivo. Y lo hace con la pluma ágil del que ha recorrido, antes de ponerse al tema de sintetizar esfuerzos de años en poco más de trescientas páginas, los más intrincados vericuetos de la publicística decimonónica, así como las fuentes polvorientas que descansan en cajas de archivos y anaqueles de bibliotecas. El resultado de este trabajo denodado es un buen libro de historia, como no puede ser de otro modo, que reivindica la dignidad y oficio del historiador frente a tanta pseudohistoria de consumo rápido.

Fernando Molina se enfrenta a una cuestión difícil, sobre todo por las implicaciones políticas y sociales que en la actualidad tiene cualquier discusión sobre el pomposamente llamado, como dice el autor, problema vasco. Al modo de los antiguos duelos de caballeros con pica, yelmo, armadura y corcel, que después de gran artificio en los preparativos, resolvían la disputa con un golpetazo, el mundillo intelectual, como el político, discierne sus debates sobre el País Vasco con grandiosos preparativos, y zafios resultados. Por eso, lo primero que harán con este libro algunos que lo lean (si es que en realidad, llegan a leerlo) es situarlo a uno u otro lado de la interesada barrera que se eleva entre nacionalistas vascos y nacionalistas españoles. Como es obvio, este reseñador no pretende hacer tal cosa, y lo que es más importante, el propio libro no se ubica en coordenadas de un debate tan maniqueo. No pretende tanto desmitificar iconos político-ideológicos del nacionalismo vasco, algo que han venido haciendo con fruición intelectuales *hiperpolitizados*, como historiarlos, lo cual implica necesariamente asumir su contingencia. Al tiempo, el nacionalismo español o nacionalismo de Estado, es sometido a similar proceso de disección, en cuanto toca a lo vasco, lo que abunda en la idea expresada por el autor de que la «la polaridad constituye un mecanismo fundamental de construcción de la identidad colectiva» y avanza la fundamental tesis de que «el separatismo de los vascos era la invención de unos españoles agresivamente separadores». Esta aparente paradoja encierra un secreto aún más profundo, ¿cómo pudo transformarse a los vascos de ser quintaesencia de lo español en plena construcción del Estado Liberal decimonónico a herético ejemplo de apátridas?, o dicho de mejor manera parafraseando al autor, ¿de qué modo se expulsó a los vascos de «dentro» a «fuera» de la nación?

Como se puede intuir de lo que venimos diciendo, es el nacionalismo español el que se estudia como actor histórico que intenta modelar una determinada idea de Estado, desde el momento crucial del constitucionalismo gaditano, quiebro entre Antiguo Régimen y Liberalismo, hasta lo que va a ser expuesto como segundo y definitivo jalón en tal proceso, que es el Sexenio Revolucionario. No es casual que ambos períodos estén salpicados de sangre vertida en conflictos bélicos, sea la guerra contra el francés o la guerra carlista, en momentos históricos que además son de indefinición política, social y económica, porque como señala el autor, el esfuerzo movilizador patriótico es consustancial a ellos. Sin embargo, se apunta que el problema de España no residió tanto en el estado de guerra civil permanente que atravesó a lo largo del XIX, sino en la falta de interés de las elites, en concreto durante las postguerras, en reforzar la identidad nacional. Cuestión que nos adentra en la ya conocida discusión historiográfica acerca de la tesis de la «débil nacionalización» española, expuesta en los noventa por Borja de Riquer, pero que como bien recuerda el autor, presentó sus primeras formulaciones en Linz, Elorza y otros, y ahora vuelve de la mano de Andrés de Blas con nuevos bríos. Fernando Molina se desmarca ya no tanto de unos o de otros en tal disputa, sino de la discusión en sí misma, y lo hace precisamente porque no pretende justificar respuestas surgidas al modelo de Estado liberal centralista en España, regionalismos, nacionalismos y demás movimientos subestatales, sino lanzar preguntas al propio proceso de construcción nacional español. Naturalmente, al hacerlo, descubre que no hubo uno, sino varios proyectos de construcción nacional, que además fueron asimilados de modos particulares por las distintas comunidades culturales e históricas que conforman el Estado.

La «competición entre conceptos de España» es en realidad lo que está en liza en la guerra que asoló las provincias vascas entre 1872 a 1876, aunque fuese disfrazada primero, por el nacionalismo liberal-estatal, de conflicto identitario y, mucho más adelante, reivindicado por el nacionalismo vasco (político e historiográfico) en similares coordenadas, pero desde muy diferente partido. Es decir, el autor se esfuerza por demostrar, con una notable abundancia de evidencias a partir de publicística de la época, sean libros, folletos y, de modo singular en aquel contexto histórico, la prensa, que los liberales estuvieron activamente implicados en la «fabricación política de los españoles». Hasta tal punto fue así, que es el nacionalismo de Estado el que convirtió al País Vasco en un hecho diferencial, primero asumiendo sus peculiaridades y singularidades como lo más español dentro de España, y luego deconstruyendo esta tradicional imagen e inventando una nueva, separatista y antiespañola, «con el fin de aislar el carlismo en esas tierras y reforzar la debilitada condición liberal del resto de provincias». Salta a la vista la novedad, originalidad y seducción de esta tesis, pues no sólo aporta luz clarificadora al conflicto que tuvo lugar a lo largo del Sexenio Democrático, durante el no tan pasado siglo XIX, sino que alumbraba el más inmediato presente entrando en el XXI.

Esta obra posee la indudable virtud analítica de «normalizar» el nacionalismo como un fenómeno político que puede ser estudiado desde parámetros científicos, algo que se logra por la perspectiva adoptada (atender al nacionalismo de Estado como un hecho en sí mismo y no tanto como un actor secundario en el estudio de otros fenómenos políticos de carácter regional), pero sobre todo por la propia forma de concebir el nacionalismo como cultura política. Insiste el autor, en repetidas ocasiones, en alejarse de aquellos que tildan al nacionalismo de «estado de conciencia», «pasión trascendente» con dosis de misticismo comunitario, porque «el nacionalismo no es, por lo tanto, un sentimiento, como dicen los nacionalistas y algunos teóricos, sino una cultura que genera sentimientos». Se trata pues de una construcción social, de un producto cultural, alimentado por imágenes, símbolos y mitos que conforman un discurso identitario elaborado por y para la movilización política de una sociedad.

Como resulta evidente tras leer la obra, la identidad cultural que conocemos por nacionalismo está en continuo tránsito y, de esta guisa, se comprende mejor, por ejemplo, que fuese la orientación izquierdista de oposición al carlismo uno de los principales componentes del patriotismo decimonónico. Este factor es decisivo, a juicio del autor, para explicar por qué, cuando se instaure el régimen de la Restauración, los fueros actuaran como «chivo expiatorio del fracaso del Estado en bloquear el movimiento contrarrevolucionario de las clases conservadoras alarmadas por las amenazas al orden social y a la religión que habían significado las revueltas cantonal y carlista». Con ello, se completaba un largo trayecto por el cual los fueros fueron reivindicados según los intereses políticos del momento histórico, y es que durante el período isabelino, hubo fuerismo progresista e incluso republicano, «pues la cultura foral permitía todo tipo de interpretaciones políticas». Entre estas, se hallaba también el carlismo, pero sin embargo, fue el liberalismo doctrinario el que «sublimó en el imaginario foral toda su concepción política» como lo más genuino del casticismo español, pervivencia memorable de las antiguas «libertades españolas», el «justo medio» entre revolución y reacción. Este grado de interdependencia alcanzado entre la opinión conservadora y el fuerismo, explica según el autor, que la llamada «abolición de los fueros vascos», quedase de hecho bajo el auspicio de Cánovas en un concierto económico que mostraba de nuevo la simpatía de las clases conservadoras por el mantenimiento de estos símbolos políticos que obstaculizaran la posible evolución ciudadana del Estado.

La pervivencia de una imagen romántica y apasionada de lo vasco, «tierra del martirio español», llega hasta nuestros días por la literatura, el cine, el arte y la política, o a veces la negación misma de la política, que es el terrorismo. El libro documenta fehacientemente cómo se elaboraron discursos que contribuyeron a crearla, modificar esta imagen, y socializarla hasta convertirla en identidad colectiva. Aun a falta de esa prometeda «otra parte» del relato que atendería a los procesos de movilización que mediaron entre el discurso y los individuos, parece más que convincente el breve argumentario dedicado a su implantación social y perduración en el

tiempo. Si alguna función social puede ser calificada como «propia» de los historiadores, es sin duda la que permite relativizar temporal y espacialmente grandes cuestiones de nuestros días, como lo es el presente del País Vasco. Creo que Fernando Molina ha sabido cumplirla, al enseñarnos en estas páginas que el trabajo bien hecho y la seriedad en el discurso historiográfico, aporta siempre en el debate público.

ANTONIO MÍGUEZ MACHO